

# Después del 27 de febrero "Crisis" de los valores o triunfo de la ideología

Arturo Sosa A.

***En el anterior número de SIC proponíamos una interpretación de los sucesos del 27 de febrero contemplando varias fases en su desarrollo. Allí destacábamos cómo en la raíz de la explosión se encontraba, entre otras cosas, la imposibilidad de seguir manteniendo la creciente injusticia social sin conflictos, a base de desviarlos hacia el Estado e intentar taparlos con algún retazo de renta petrolera. La explosión de febrero es el signo estentóreo de una de las características de la actual situación venezolana: la aparición de su conflictividad social cotidiana***

## PROBLEMA ECONOMICO VS PROBLEMA SOCIAL

A pesar de ello, desde el Gobierno y desde el sector empresarial privado se nos quiere presentar el problema actual de Venezuela de otra manera, como un problema netamente económico, cuya solución depende de la valentía con que se realicen los "ajustes" en este campo. Esta tesis, insistentemente proclamada y puesta en práctica, asume una falsa contradicción entre problema económico y problema social.

Los presupuestos en los que se basa esa política económica asumen que el Estado lo que ha hecho es "derrochar" los dineros del país y que el "ajuste" económico debe comenzar precisamente por reducir drásticamente el gasto público. No olvidemos que en Venezuela el único gasto que puede considerarse "social" es la parte del presupuesto del Estado destinado a esos renglones que no proviene, como en otras economías capitalistas, de los impuestos cobrados a la actividad productiva y comercial, sino de la renta pública petrolera. Para esta tesis el problema social se reduce a "la marginalidad" (estar al margen de la dinámica capitalista y sus beneficios). La pobreza -sostiene esta visión- es consecuencia del "atraso" de la sociedad venezolana y no tiene nada que ver con la estructura económico-política "moderna". Al contrario, la marginalidad y la pobreza desaparecerán -piensan- gracias a la extensión del "desarrollo" económico, para el cual los "ajustes" económicos planteados son imposterables. El gasto público-social no hace más que entorpecer esa dinámica y obstaculizar la "verdadera" solución del problema económico de la nación.

En términos políticos esto tiene una traducción inmediata. Estamos ante una encrucijada del sistema político venezolano: o la defensa a todo trance del orden establecido (cfr. editorial de este mismo número de SIC) o la consolidación de la democracia. Dicho en palabras más duras, estamos ante la probabilidad de un desarrollo autoritario de nuestro sistema político que asegure, contra viento y marea la realización del paquete económico, o ante la posibilidad de la ampliación y profundización de una democracia en la que el sujeto político sea el pueblo organizado y la política económica sea, también, fruto de la negociación política.

Para el Estado venezolano esta disyuntiva se plantea entre concebirse a sí mismo exclusivamente como empresario (no olvidemos que el Estado venezolano sigue siendo el mayor industrial y empleador del país) y pretenda, por tanto, resolver los problemas del país como problema económico, haciéndose defensor de los intereses inmediatos del orden establecido, asumidos totalmente como propios, o un Estado que asuma su condición de garante de la "Voluntad General" tal como se expresa en la Constitución Nacional y redistribuidor interno del ingreso. Esta segunda alternativa implicaría concebir a la política social como el horizonte primario de las decisiones del Estado, especialmente de las referidas al desarrollo de la economía. Las medidas económicas anunciadas por el actual gobierno son percibidas por la mayor parte de la población como claro indicador de la tendencia del Estado a inclinarse por la primera de las opciones.

## LA CONFRONTACION IDEOLOGICA

Una dimensión específica de la actual fase del proceso económico-político venezolano es la lucha por la interpretación de lo que sucedió y por la caracterización de su memoria social. La imagen que prevalezca socialmente de lo ocurrido el 27 de febrero, es un elemento clave para el manejo político del país a corto y mediano plazo. Uno de los mayores éxitos de las élites políticamente dominantes en el sistema político venezolano hasta ahora ha sido la aceptación masiva, en todos los estratos sociales, de la imagen que ellos han proyectado de la sociedad y sus relaciones. Mantener ese dominio de las relaciones ideológicas se convierte, así en un aspecto prioritario de la estrategia de poder. En esta fase, por tanto, el foco se sitúa en la confrontación comunicacional. Una fase en la que los medios de comunicación de masas son el instrumento fundamental del orden establecido, con una eficacia muchas veces demostrada, para difundir e imponer su propia versión de los hechos. Los otros sectores de la sociedad, especialmente el popular, apenas cuentan con los pequeños espacios que, a veces, se cue- lan en los grandes medios, con los recursos alternativos de reuniones, grupos, hojas, periódicos de circulación local, y con la propia capacidad de interpretar lo vivido.

La estrategia comunicacional de los sectores dominantes se mueve entre el "no ha pasado nada" y la magnificación de lo que significaría "una nueva explosión". El "no ha pasado nada" sirve como mecanismo de defensa para no cuestionar la propia situación y lubricar el retorno a una "normalidad" que signifique mantener las actuales relaciones de poder aceptando pacíficamente la política de "ajustes" económicos impuesta desde arriba. Es, tam-

bién, una invitación al olvido. A que se pierda la memoria de lo vivido como experiencia de fuerza popular.

Sin embargo, esa dimensión de la estrategia no es suficiente, pues los hechos mismos dejaron una huella difícil de borrar. Por eso hay que completarla con un esfuerzo sistemático y persistente de calificar esos hechos como violencia pura y simple. Como una violencia sin causa ni justificación alguna que mejor es convertirla en sentimiento de culpa por lo sucedido y en advertencia ejemplarizante de lo que puede pasar. En esto se basa la segunda dimensión del esfuerzo comunicacional de los sectores dominantes: introyectar el temor a otra(s) explosión(es) —mucho más agresiva, destructiva y peligrosa— como disuasión a cualquier expresión de protesta ante la continuación del paquete de "ajustes" que golpean a la mayoría de la población.

### ¿CRISIS DE VALORES?

Constantemente los más conspicuos representantes del pensamiento del orden establecido señalan como causa de la conducta de las mayorías populares y como explicación de las dificultades que vive el país, la "crisis" de los valores. Los sectores bienpensantes de nuestra sociedad aprueban y se sienten satisfechos con esa a-

firmación que forma parte de la ideología encubridora de la realidad que vivimos. Entendemos aquí por ideología esa forma de pensamiento que tranquiliza la conciencia al mostrarnos una falsa imagen de la realidad, de acuerdo con los intereses particulares de quien la produce, más que darnos la posibilidad de conocer la complejidad de las relaciones sociales y analizarla desprejuiciadamente.

Más que la proclamada crisis de valores, lo que estamos viviendo es la consecuencia de la frustración masiva que produce la imposibilidad para las mayorías de nuestra sociedad de vivir de acuerdo con los valores que le han sido impuestos o, si se prefiere "enseñados" por todos los medios. El resultado de más de cincuenta años de proceso de modernización capitalista en Venezuela es la difusión de los valores propios del capitalismo-consumista en todos los estratos sociales, junto a una estructura de relaciones económicas que impide objetivamente a la mayoría de la población realizarlos en su vida cotidiana, mientras una pequeña élite los vive ostentosamente.

La ideología de esa élite "exitosa" y dominante explica esa diferencia diciendo o bien que es "cuestión de tiempo" que todos puedan llegar a disfrutar de esos valores o, más frecuentemente, que el pueblo es flojo



para trabajar, malo para administrar lo que consigue y tan vicioso que prefiere el 5y6 o la cerveza antes que progresar.

### CRISIS SOCIAL PROVOCADA POR LA FRUSTRACION DE LOS VALORES

Saliéndonos de esa ideología tenemos que señalar que precisamente lo que está pasando en la sociedad venezolana es consecuencia de los esfuerzos frustrados por poner en práctica los valores de la sociedad moderna consumista. Todo el esfuerzo de las élites económicas, políticas y militares ha estado centrado en la difusión de estos valores poca veces explicitados: el egoísmo como clave del éxito personal-familiar (egoísmo contrapuesto a solidaridad, compartir, tomar en cuenta las consecuencias en otros de las propias acciones...), medir a las personas por las cosas que poseen o por su capacidad de consumir, no escatimar medio alguno con tal de conseguir lo que se pretende para ser estimado desde este esquema (corrupción, especulación, engaño comercial...).

La ideología que encubre estos valores en funcionamiento no explicita la existencia de unas relaciones sociales que hacen estructuralmente imposible que toda la población pueda re-

alizar las aspiraciones que le están siendo introyectadas. Al contrario refuerzan sistemáticamente esas aspiraciones sin proponer alternativas, generando de esta manera una frustración cada vez mayor y más extendida que se convierte en socialmente explosiva.

El caso venezolano posee un ingrediente adicional que hace más explosiva la frustración que provoca la diferencia entre las élites consumistas y las mayorías empobrecidas: el carácter rentista del proceso modernizador y de las relaciones capitalistas resultantes.

La lógica de los valores del capitalismo en abstracto vincula el beneficio o ganancias individuales a una contrapartida social. El individualismo que, según este pensamiento, motiva a cada persona humana a buscar su propio beneficio, es decir, a satisfacer sus necesidades vitales y reproducir sus ganancias, hace que ese individuo produzca algún bien material necesario para otros integrantes de la sociedad. Cada persona, por tanto, al buscar la satisfacción de sus necesidades individuales produce un bien para otro. Más aún, en la medida en que ese individuo quiera aumentar sus ganancias tiene que producir más y mejores bienes para los otros, es decir, aumentar su productividad. En la medida en que todos los individuos

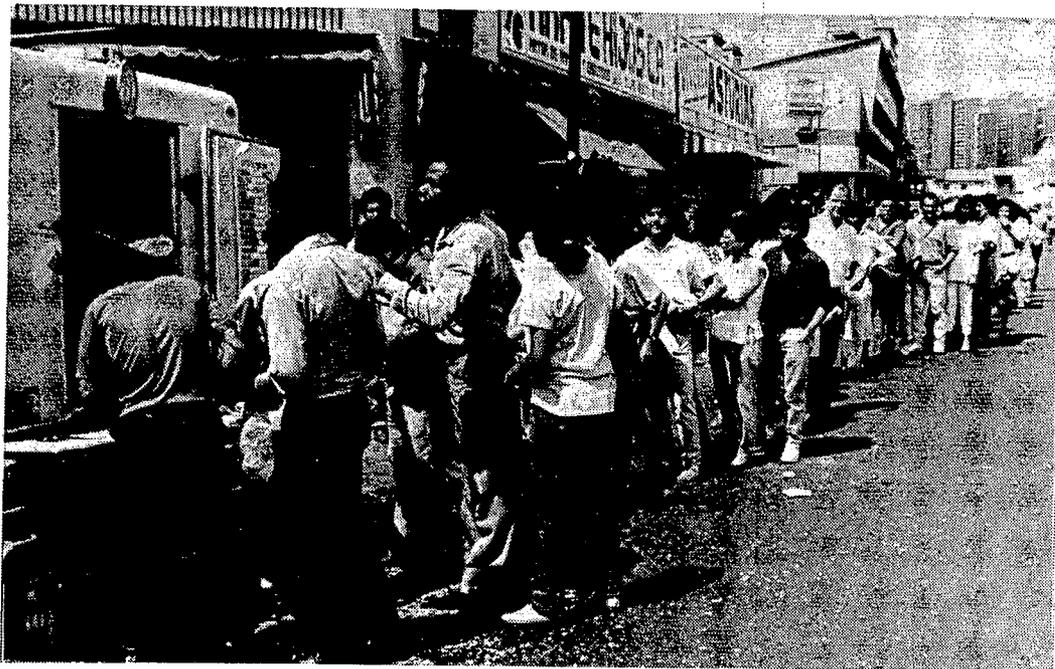
pertenecientes a la sociedad se integren a esa dinámica se garantiza una creciente abundancia social, regulada por las fuerzas -mano invisible- del mercado. Es decir, el individualismo que fundamenta la "filosofía" capitalista es la manera más efectiva para lograr el Bien Común.

Si fuera posible realizar esta lógica ideal en alguna sociedad concreta, especialmente del Tercer Mundo, no sería en ningún caso en las relaciones económicas de la Venezuela modernizada a través del recurso a la renta pública petrolera como forma principal (casi exclusiva, al menos por algún tiempo) de acumulación.

No nos queda más remedio que recordar cómo el proceso modernizador y el capitalismo en Venezuela han sido posibles gracias a la existencia del ingreso producido por la actividad petrolera al Estado, que no dudamos en calificar como renta, es decir, un ingreso producido en razón de la propiedad de los yacimientos y no derivado de la producción de bienes. Además, ha sido un renta pública, exclusiva del Estado, cuyo aumento ha dependido de factores totalmente ajenos a la productividad. El Estado además de receptor exclusivo y responsable del aumento progresivo de esa renta ha sido su distribuidor hacia dentro. Esa distribución hacia dentro se ha hecho bajo el dominio del proyecto modernizador-capitalista con un alto ingrediente populista.

Una primera característica, entonces, del capitalismo venezolano es la desvinculación entre la capacidad de consumo global de la sociedad y su capacidad productiva. La sociedad venezolana, como conjunto, ha consumido en proporción a la renta petrolera recibida y no en proporción a lo que ha producido.

Esta característica ha provocado, entonces, el surgimiento de *apropiadores de renta* más que de *productores* empeñados en aumentar sus ganan-



cias por medio de la mejora constante de la productividad, o de trabajadores organizados sindicalmente para mejorar su participación salarial mediante la distribución de la ganancia producida. Menos aún ha dado pie a la formación de un Estado preocupado por equilibrar las diferencias sociales mediante mecanismos impositivos redistribuidores de las riquezas socialmente producidas. El Estado ha podido hacer crecer su gasto público recurriendo permanentemente a los aumentos de renta. Los trabajadores han mejorado sus salarios aumentando su participación en la renta sin atender contra las ganancias del patrón. Los empresarios (si se puede utilizar impunemente este nombre) han visto crecer continuamente sus ganancias sin verse obligados a ser mejores productores.

El capitalismo rentista venezolano ha provocado la ruptura del vínculo entre la obtención de beneficios individuales y cualquier contrapartida social capaz de contribuir al Bien Común, como la propone la abstracción capitalista. Ha hecho posible aumentar la ganancia individual por el sencillo mecanismo de mejorar la capacidad de apropiarse de una mayor tajada de la renta estatal. Esta desvinculación hace posible el enriquecimiento individual sin ninguna contrapartida social, es decir, ganar dinero sin producir bienes o aumentar la ganancia de dinero sin mejorar o aumentar la producción de bienes.

Las dos grandes corrientes modernizadoras que han existido en el país han basado su estrategia en el aprovechamiento de esta desvinculación entre consumo y producción y entre ganancia individual y productividad. La corriente elitista, al pretender "sembrar el petróleo" proponía una acumulación acelerada de capitales sin tener que pasar por los conflictivos procesos de generarlos en la actividad agropecuaria tradicional y trasladarlos al proceso industrializador y comercial modernos. La corriente populista puede realizar, gracias a la distribución de la renta estatal, una mejoría relativa de todos y cada uno de los sectores sociales sin que lo que se le da a uno de ellos disminuya lo

que se le da al otro. Es decir, que las posibilidades de una relativa "democracia" política y el crecimiento exponencial de las diferencias sociales han podido vivirse pacíficamente en Venezuela gracias a la existencia de la paradójica combinación entre élites capitalistas y Estado rentista.

En el orden de los valores la desvinculación señalada hace que se dirijan los esfuerzos individuales a la apropiación de la renta y no a la producción. Igualmente, a que pueda justificarse el enriquecimiento personal desligado de cualquier contrapartida social. También explica por qué el consumismo se convierte en la única fuente de satisfacciones sociales y de prestigio social, es decir, en el valor fundamental motorizador de las conductas de las personas de todos los estratos sociales. La ideología encubridora no puede reconocer estos valores reales como los valores ideales de la sociedad venezolana y por eso se empeña en no presentar la realidad sino pregonar la maldad de los empobrecidos (que lo son por incapaces o por flojos), la bondad de los "productores" (con cuyo esfuerzo somos los que somos) y recordar la responsabilidad del Estado de mantener este orden de cosas.

La realización de estos valores ha provocado las enormes diferencias sociales que conocemos entre las élites privilegiadas y las masas empobrecidas venezolanas. Sin embargo, mientras la abundancia rentista permitía a los sectores medios e incluso a las mayorías esperar, con algún fundamento, su mejoramiento progresivo, es decir, aumentar paulatinamente su capacidad de consumo, la "paz social" no se vio amenazada. Al producirse el descenso vertical de la renta y la experiencia de la imposibilidad de alcanzar los niveles de consumo valorados, más aún, al experimentarse la disminución real de la capacidad de consumir el estallido social se hacía prácticamente inevitable.

No estamos ante una "crisis de valores" en el sentido en que esta expresión es usada por la ideología dominante, sino ante una gravísima crisis social, provocada por los valores reales que han funcionado en la sociedad

venezolana moderna.

## UN JUICIO DESDE LA FE CRISTIANA

La gravedad del momento actual de la sociedad venezolana proviene, en gran medida, de la ceguera que produce en las élites dirigentes su propia ideología que les impide ver las causas de la crisis y poner correctivos que, evidentemente, significan profundos cambios en sus propios valores, en su nivel y ritmo de vida. Por eso afirmamos que el triunfo de la ideología, al evitar una crisis de esos valores consumistas, puede convertirse en la chispa permanente de la explosión social.

Desde la fe cristiana los valores abstractos del capitalismo que fundamentan toda la dinámica personal y social en el individualismo, cuyo extremo es el egoísmo, y justifican un Bien Común logrado "por casualidad", es decir, a pesar de que cada miembro de la sociedad no lo busca directamente, son diametralmente opuestos a la concepción cristiana de la persona humana, de las relaciones entre ellas y con Dios. Esa contradicción se muestra patente en el Evangelio. Por ejemplo:

*"De verdad les digo que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida la pierde; el que entrega su vida en este mundo, siembra vida eterna." (Jn 12,24-25).*

O también:

*"Nosotros amamos, porque él nos amó primero. Si alguno dice amo a Dios y aborrece a su hermano es un embustero; pues quien no ama a su hermano que está viendo, a Dios, a quien no ve, no puede amarlo." (1Jn 4, 19-21)*

Igualmente, la palabra de Dios advierte clara y fuertemente contra la ceguera ideológica, que indica también cerrazón del corazón al mismo Dios:

*"Algunos fariseos que estaban con Jesús lo oyeron y le dijeron: '¿Es que también nosotros somos ciegos?' . Jesús les respondió: 'Si ustedes fueran de verdad ciegos no tendrían pecado; pero, como creen que ven, su pecado permanece.'" (Jn 9, 40-41)*